

Lunes 16 de Octubre de 1922

SIN CRISTO

El público es cruel, burlón e incomprensivo.

Don Ernesto Barros Jarpa se ha comparado con Cristo y ha estallado una carcajada general.

No sé si me estoy poniendo viejo, si he llegado a la edad en que el Quijote causa pena en vez de risa o si la Fiesta de los Estudiantes me ha contagiado también con su tristeza, pero he experimentado una profunda compasión ante el estado de ánimo del autor del Protocolo.

!Sentirse divino, creerse redentor del mundo y tener que someterse a las más vulgares y ridículas exigencias de la vida moderna! Afeitarse cada mañana la rubia barba nazarena, ver reemplazada la túnica inconsútil por el vestón de corte inglés, bajar la vista para consultar la hora en un reloj Longines, en vez de alzar los ojos para calcular la altura del sol naciente sobre los montes de Judea; salir luego a la Alameda tan distinta de los jardines de Getsemani, recorrer la calle Ahumada diversa en todo de la Vía Dolorosa, y luego ir a almorzar, almorzar prosaicamente un pejerrey en lugar de los peces milagrosos del lago Tiberiades y por la noche ponerse frac, concurrir a una comida y bailar shimmy, sintiendo dentro del pecho el hondo convencimiento de su divinidad.

Compadezco sinceramente al ex-Ministro. El anacronismo, saltándole a cada paso, como un tigre, debía desgarrar su corazón.

Ahora esos pesares se han hecho seguramente más intensos a través del recuerdo porque como ha dicho el Dante, no hay mayor dolor que recordar la dicha ya perdida.

Cada edificio, cada calle, cada objeto debe repercutir las obscuras cavernas del cerebro con un eco doloroso.

En esa austera sala del Senado, discutió siendo un niño con los doctores de la ley.

Desde ese balcón de la Moneda, Satanás lo tentó por vez primera y, mostrándole un horizonte dilatado que se extendía más allá de la Quebrada de los Camarones, oyó que le decía:

-Todas esas provincias serán tuyas si consientes en arrojarte a mis plantas y adorarme.

Luego, como en un sueño, recordará el momento de la resurrección de las negociaciones directas, sepultadas desde hacía largo tiempo, entre las protestas del público que le decía: - No las toquéis, señor, porque ya hieden!

Su imaginación le evocará los tiempos en que los gestores administrativos se disputaban su derecha para que el público supiera a ciencia cierta cuál era el buen ladrón.

Recordará también cuando citado ante la autoridad romana del Senado, ésta le preguntó, como Pilatos:- ¿Cuál es la verdad?

Ahora yace, si no muerto, por lo menos aplastado por la pesada loza del sepulcro. Pero la tumba se abre a veces como la boca de un buzón gigantesco, y deja caer una proclama. En ella el ex-Ministro sigue asegurando que es un redentor y que lo amarán más después de muerto.

Estas revelaciones sirven para explicar el origen de las Conferencias de Washington y la seguridad absoluta que desde el primer momento ha tenido el señor Alessandri en su buen éxito.

El secreto, aquel misterioso secreto que nadie ha podido hacer después y que aseguraba el feliz término de las gestiones, lo poseía S.E. !Sabía que su Ministro era divino y por lo tanto omnipotente!

Bien podía en consecuencia arreglarla cuestión con el Perú, sin perder un ápice del territorio.

Desgraciadamente ahora el señor Barros ha caído y el país se ha quedado sin cristo. En este punto está conforme hasta el Ministro de Hacienda.

Debemos, pues, descontar de las negociaciones la esperanza de un milagro.